

YAEL WEISS

Mala yerba no muere

«Si tuviera que matar a alguien, sería al Chore». Lo pensé primero en tono de chiste, de simple ocurrencia, pero luego sentí que era en serio. La idea daba vueltas dentro de mi cabeza como en una cámara de ecos y ocupó un lugar preponderante hasta que cesó la fiebre. Iba en contra de mis principios más básicos, del apego que le tengo a las bestias, y a los humanos entre ellas. De acuerdo: es un cariño un poco raro, parecido al del entomólogo amateur que encierra especímenes en frascos de vidrio para observarlos.

Me ufano de ser una cazadora de historias. Cuando son buenas, las publican en la sección cultural del diario donde trabajo. En una esquina aún modesta, pero con mi nombre grande y en negritas. Aspiro a distinguirme pronto con un libro propio porque estoy harta de la mediocridad de la sala de redacción donde corrijo textos ajenos todo el día.

Carezco de imaginación, pero no de talento para vestir con palabras las vidas de otros. Las escucho, memorizo los rasgos más relevantes y luego las expongo como trofeos propios. Una vez que tengo los elementos necesarios para retratar al personaje o reproducir la anécdota, me deshago de la persona como un odre viejo. Detesto encontrármela de nuevo. Podría contradecirme o pretender que la historia es suya y no mía. Soy yo quien la narro, así que es de mi propiedad.

Lo que no me gustó del Chore, un asesino convicto no muy inteligente, fue que se me parecía demasiado, aun si en algunos aspectos representaba lo opuesto a mí.

«Lo que yo quería es que me respetaran, que me admiraran», dijo, por ejemplo, para explicar las acciones de su vida.

Pues yo quería exactamente lo mismo. Para quedar bien decía que buscaba el amor. Pero en el fondo, deseaba que me vieran con asombro y ansiaran tocarme como a un ídolo.

Había sin embargo diferencia entre el Chore y yo, y la gente como nosotros, y radicaba en lo que estábamos dispuestos a hacer o soportar para conseguirlo.

Hacía unas semanas que el Chore se aparecía a las diez de la mañana sobre Barranca del Muerto, en el cruce con Revolución. Se paraba frente a los coches como un oficiante de misa, con los brazos apartados del tronco y el pecho echado hacia delante. En una mano sostenía la botella con jabón, en la otra la esponja y el pedazo de hule proveniente de un jalador despedazado. Tomaba aire y luego avanzaba hacia los coches que debían sentirse incómodos, y hasta temerosos, sobre todo los que no querían que les lavaran nada.

La primera vez que apoyó sus antebrazos sobre la portezuela de mi auto me contó que salía de veintisiete años de cárcel. Lo felicité, pues imaginé que era lo que el pobre diablo esperaba, y le ofrecí cinco pesos por limpiarme el parabrisas.

Durante un tiempo repetimos el ritual de la lavada, la moneda y la breve charla hasta que me dijo:

–A ti te voy a contar mi historia.

–¿Cómo sabes que me gustan las historias? –pregunté.

Se te ve.

El semáforo estaba en verde y detrás mío tocaban el claxon.

–Vendré a buscarte.

–Aquí estoy, preciosa.

El día que fui por la historia del Chore me reporté enferma en la oficina y abandoné a mis hijos a la buena de Dios. No me importa que luego reclamen porque los dejé en la escuela y alguien tuvo que apiadarse y llevárselos como propios hasta mi reaparición. Afortunadamente, siempre hay ese alguien.

Por fortuna también, mis hijos no tienen padre a quien recurrir. Dependen solamente de mí, así que me soportan y respetan. En ocasiones me enojo y me miran con miedo, pero saben que se me pasa.

Ese día escogí ropa holgada de color neutro y una playera sin mangas para que se vieran mis brazos esculpidos por las lagartijas. Me puse una gorra con el motivo de un gallo y guardé un par de billetes de baja denominación en la bolsa de los vaqueros.

Que los ecologistas llamen a las ciudades «islas de calor» se comprendía a cabalidad en la esquina donde trabajaba el Chore. Las llantas recalentaban el suelo, la pintura metálica de los coches multiplicaba la luz, los escapes se pedorreaban en el aire seco.

El hombre estaba en plena acción. Parecía un bailarín. Hacía zigzags entre carriles, saludaba, chiflaba, daba instrucciones a dos muchachos que me presentó como sus sobrinos y se encaramaba de un salto sobre los capotes de sus víctimas.

Abandonó su faena en cuanto me vio de pie sobre el camellón, junto a su mochila colgada del muñón de un árbol raquíptico.

–¡Sí viniste!

–¡Claro! ¿A poco no me creíste?

–¿Y tu auto?

Se bajó el cubrebocas. Vi sus labios adelgazados y el sarro en los dientes.

–Vine a pie –dije.

Yo no traía cubrebocas para dejar claro que no le tenía miedo a nadie.

Depositó su botella y su pedazo de hule en una cubeta. Sacó un paquete de cigarros de su pantalón. Los coches pasaban en ambos sentidos, con sus estéreos y prisas. Nos miramos en silencio en el aire envenenado con residuos de gasolina.

El Chore tenía los ojos claros como de gringo y la piel apergaminada. Recién había cumplido los cincuenta y dos años, pero yo le hubiera dado setenta. El día de su cumpleaños me dijo con gran seguridad: «¿a poco no parezco de cuarenta?».

No portaba camisa debajo de su sudadera de capucha así que se veía su pecho hundido de varón mal alimentado en la infancia. Cuando se lo pedí, bajó más el zíper para que analizara a detalle algunos de los tatuajes que le hicieron en la cárcel. El más antiguo decía: «donde sea que llegue la muerte, será bienvenida». Un cinturón barato sostenía el pantalón a la altura donde empieza la raya de la nalga. Sobre sus enormes orejas descansaba una gorra de cementos cruz azul.

Hizo señas a sus sobrinos y me dijo:

–Vente, vamos para allá, aquí hay mucho sol.

–¿No prefieres mejor de ese lado? –propuse yo, señalando la acera opuesta, más sombreada, donde estaba un hospital público.

–No, para allá no me acerco.

Pensé que tenía que ver con la covid, pero resultó que era un asunto de coladeras y de muertos que se te subían. En la urbe se hablaba mucho de este tipo de peligro cerca de los hospitales.

–¿Son tus sobrinos en serio? –pregunté, señalando hacia los muchachos que se habían quedado sin director de coreografía y se sentaron a descansar.

El Chore sacó su celular para demostrar la veracidad de lo dicho. Buscaba una foto de su hermana la mayor, la madre de los chavos, pero antes encontró un video y puso *play*. Era un montaje de imágenes y música de banda. En las fotografías aparecía un muchacho de unos veinte años, con sombrero charro.

–Era mi sobrino también –dijo el Chore con la voz quebrada–. El Jordan. Nos lo mataron hace dos semanas.

–¡Lo siento!

–Pinches cabrones.

Con las lágrimas en los ojos, se veía aún más ojeroso y viejo.

–¿Cómo fue?

–Estaba en la venta de drogas. Fueron los de la banda rival. Ya les hemos matado también.

Rebuscó algo más en su aparato.

–Mira, este era mi hijo. Jonás.

Me mostró un video similar con un muchacho rollizo de ojos azules en diferentes escenarios: un patio de casa, un terreno baldío, una fiesta de familia.

–Lo mataron mientras yo estaba en la peni.

Pensé que rompería en llanto, pero no. Las lágrimas formaban como una capa de gelatina sobre sus ojos, sin caer.

–¿También hicieron justicia?

–Lo agarraron. Y luego lo quebraron en cuanto pisó fuera de la cárcel.

–¿Tu familia?

–No, los mismos suyos.

Se talló los ojos y guardó el celular.

Cruzamos. Nos acomodamos entre un puesto de periódicos y un anafre donde una señora calentaba gorditas. Era una banqueta muy circulada pero no nos importó convertirnos en un estorbo más.

–Me hubieras dicho que venías y me ponía un mejor pantalón.

–Así estás bien, de veras.

La boca del metro, muy cercana, vomitaba olas de gente.

–¿Entonces cuál es la historia que me vas a contar? –retomé con lentitud.

–La de mi vida. Estuve veintisiete años en la cárcel. Pero ahora creo en Dios, estoy libre y tengo dos bebés. Son cuates.

Se miraba tan contento que parecía mentira que acabara de llorar.

–¿Por qué te metieron?

–Por homicidio.

Seguía contento. Sacó de nuevo su celular para mostrarme a sus recién nacidos. Unos bebés banales.

–Dame tu número de teléfono.

–No, cómo crees. Apenas te voy conociendo.

Lo dije muy suave, alargando el final de la frase para dejarla abierta, como una promesa

Una persona enmascarada con KN-95 y visera completa se detuvo y por un momento pensé que nos diría algo.

–¿Te metieron por matar a uno?

–Pues me agarraron por ese. Yo antes mataba bastante.

–¿Cómo se llamaba?

El Chore me miró extrañado.

–Pues no sé. No me acuerdo. Ni lo conocía.

–¿Entonces?

–Pues se metió a robar en la vinata donde me surtían. Los dueños me tiraban paro. Y pues en una tienda donde me tiran paro nadie puede robar o me pierden el respeto, ¿me entiende güerita?

Más güero era él. Yo soy trigüeña, pero bien educada y con más dinero. A un metro de nosotros una adolescente pidió una orden de gorditas mientras un muchacho de la misma edad, con una gran erupción de acné, cargaba a un bebé envuelto en una cobija de peluche multicolor. Del cuerpo minúsculo encobijado sobresalía solamente un moño gigante. El muchacho era obeso, la veía comer a ella y parecía feliz. No nos hicieron caso. Quizá venían del hospital de enfrente. Deseé, a pesar de todo, que no se les hubiera trepado ningún muerto.

—Era la soberbia, güera. En el grupo lo entiendes, encuentras a Dios. Yo quería ser el más cabrón, como mi hermano que en paz descansa. Pero a Dios no le puedes ganar, siempre va a estar por encima. El grupo da humildad.

Detesto a los AA. Me quedaba claro que habían realizado una primera extracción en frío de la historia del Chore, antes que yo, como se le quita el jugo a la naranja. Ahora este hombre que creía en Dios tenía una versión de su vida y actos con sentido moral, puro bagazo, nada de jugo. Me pregunté si el Chore estaba consciente de que yo no le iba a aplaudir al final de su relato.

—¿Todavía vas a grupo? —pregunté lo más suave que pude.

—Uno por mi casa, pero no es lo mismo que adentro. Acá son católicos, yo soy cristiano.

Sentí unas cosquillitas desagradables en las manos, como cuando quiero golpear y le pego a los sillones y otros muebles de mi casa. Puse la cara más neutra que pude. Quizá aún había algo que hacer.

Por suerte, el Chore no se conectaba con mis sensaciones sino solamente con lo suyo, ni siquiera me había preguntado mi nombre. Se puso a contarme cómo mató un soldado sin querer.

Esto sucede en una lejana noche de diciembre. El Chore tiene trece años y camina con el Tanque, el mayor de sus hermanos, el más cabrón. Vuelven de un baile, son las dos de la mañana. Entre dos edificios del multifamiliar, resguardados a la sombra de los setos, dos muchachos que ya son militares beben de una botella. El más moreno le dice «puto» al Tanque para joder, y el insultado se detiene. Se conocen desde niños, por supuesto.

Deciden darse un tiro limpio. El Tanque le entrega su pistola al Chore y el milico la suya a su compañero, un flaco que no abre la boca. El Chore asegura que el flaco hace un movimiento sospechoso. Por eso dispara. Le revienta la cabeza. El otro milico grita y corre a asistirlo. El Tanque toma la pistola de las manos del Chore y lo mata también para que no haya testigos.

«Eres un pendejo», lo regaña después, en casa.

Pero no lo meten a la correccional por ese primer muchacho sino porque mata a un comandante. Ya no se aleja de la unidad porque sabe que los milicos lo buscan, pero un día sale unas cuabras y le dan caza desde un vehículo militar. Corre, salta entre coches, pero cuando ve que no logrará llegar a resguardo decide disparar. Parece que cree que vive en una película.

El Tanque y sus amigos lo sacan de la correccional gracias a la introducción de armas por medio de sobornos. El Chore tiene catorce años cuando sale con metralleta en mano, amedrentando al personal, a plena luz del sol en la colonia Tlalpan.

El Chore, aquí en Barranca del Muerto, de pronto deja de hablar. Un minuto pasa. La boca del metro seguía regurgitando personas hacia la calle, respiré hondo el aire sucio.

No vi venir la descripción de la ira.

Con las manos señalando el suelo, el Chore de pronto dijo: sube por la planta de los pies. Luego dijo: recorre el cuerpo en línea vertical hasta el cerebro. Se agarró la cabeza. De ahí baja a las manos. Me mostró sus manos abiertas y las cerró en un puño. Vislumbré las líneas de sus palmas, enrojecidas por el uso del detergente limpiaparabrisas. Dijo: sucede a la velocidad de una descarga eléctrica, si no logras desactivarla valiste madres; es cuando matas. Hay que reconocer la ira, dijo el Chore. Antes no sabía qué era esa sensación. Antes era un animal.

Ni aprobé ni desaprobé: sudé. Enderecé un poco la espalda. Conocía esa sensación, la conocía perfectamente. No me gustó. La ira entraba por debajo de los pies, cierto, me derretía las suelas de los tenis y me dejaba pegada, como a un cable de alta tensión. Me quemaba la cabeza como si de una caja de fusibles se tratara y luego bajaba por mis brazos. Cosquillas en los dedos. Sí, así, exactamente.

Esto sucede en un suburbio residencial, de noche. El padre de mis hijos recoge los pedazos de sus obras de cerámica, eran decenas, y se larga con su viejo torno y la mesa de trabajo que heredó de su padre y se ha quedado sin una pata. Está harto de mí, de mi ira, no vuelve jamás.

En la esquina de Barranca del Muerto, el Chore colocó un cigarro entre sus labios, sin encenderlo. Quise cambiar de tema. Me picaba la garganta, tenía mareo.

—¿En qué penal estuviste?

—En Santa Marta.

Apareció una ambulancia en sentido contrario, iba lento, con las luces encendidas pero silenciosa, como vencida de antemano. Nadie salió del vehículo ni se acercó a él, la caja metálica simplemente aparcó frente ante las puertas del hospital.

Sentí calosfríos en la espalda, a pesar del sol que había invadido la banqueta y ya nos cocinaba.

—A las mujeres les gusta el homicida —continuó el Chore mientras prendía su cigarro—. En cuanto se corre la voz, se te empiezan a acercar. En los bailes, en los salones. Pues les prestas la pistola, se las pones en las manos y les encanta. Sienten que ellas también pueden. Mujeres no faltaron.

Los comensales en torno al anafre de gorditas nos fueron empujando hacia el puesto de periódicos. Para las ganas de comprar, la portada de *El Gráfico* mostraba un hecho de sangre.

—Dame tu número de teléfono —insistió—. Tengo una botella de tequila.

—¿Estás tomando de nuevo? —pregunté para esquivar.

—No, ahí la tengo. Un poquito. Pues me la regalaron.

—¿Lo sabe la mamá de tus bebés?

Era la mujer del Marrano, su mejor amigo en Santa Marta. Eso ya me lo había contado. Cuando el Marrano se colgó en su celda, la señora no supo qué hacer con sus domingos. Cada

semana llegaba con la canasta de tortas, sus Boing de mango, y se formaba con las demás mujeres. Ahora visitaba al Chore y se hicieron novios en la cárcel.

–No, no sabe –reconoció.

Se le complicaba con los hijos del Marrano. Era el padrino del mayor, pero ese no le perdonaba la traición. Los hijos del Marrano se dedicaban al secuestro.

Me dolía la cabeza. Primero pensé que era culpa del sol.

–Para mis cuates quiero algo mejor de lo que me tocó. Quiero que acaben la escuela –me explicó.

–Qué te gustaría que estudien.

–Mi sueño es que sean militares.

–¿Soldados?

–Sí.

Me hubiera carcajeado de haberme sentido mejor. Así que este hombre que inició la carrera de su vida matando a dos soldados ahora quería reponerlos con su propia sangre. Las armas y la muerte estarían siempre ahí. Pero el soldado podía matar con derecho, de modo que, había que reconocerlo, sí representaba cierto ascenso.

Caminé entre coches, ruido y sol hasta mi calle. Mi cabeza quería explotar. Me dolían tanto los ojos que me molestó el brillo de las llaves en la cerradura. Me refugié bajo las cobijas sin quitarme la ropa. Fue cuando pensé que si tuviera que matar a alguien sería a él.

El PCR confirmó la covid-19. Mis hijos, que no estaban infectados, se quedaron con sus abuelos.

A lo largo de mi convalecencia, la voz del Chore sonaba en bucle en mi cerebro como un coche revolucionado pero estancado.

«Pues yo era muy cábula. Extorsionaba, picaba, mandaba matar».

«Cuando el Marrano me dio una palmada en la espalda y me dijo “te quiero”, supe que era la última vez que escuchaba su voz. Pero pues no volteé. ¿Pa qué?».

«Pensé que me iban a matar apenas cruzara la línea. “¿Qué esperas?”, me decían los guardias, “¡ya eres libre, Chore!”. Pero yo no lograba avanzar del miedo. Habían venido mi madre y mis hermanas. Me subí corriendo al coche y supliqué que arrancaran, que nos fuéramos rápido. Ni siquiera las abracé. Todo estaba cambiado, el segundo piso del periférico, los edificios nuevos que estaban gigantes».

«Cuando dices que eres penitenciario, pues te respetan».

Durante dos semanas me dejaron comida sobre el suelo, detrás de la puerta de la calle y yo la recogía cuando se habían marchado las manos piadosas. Sobreviví a la covid y volví a ver a

mis hijos. Son cuates también. Me parecieron un milagro de belleza. Les pedí que jamás tocaran un arma. Me miraron de una manera un poco rara y al final sonrieron. Tenían edad suficiente y me conocían bastante para comprender que no nos convenía tener armas cerca. Sobre todo en los momentos en que me subía la furia a la cabeza y bajaba por mis brazos. Había suficientes cosas rotas en la casa.

La oficina me esperaba sin cambios, tan gris como siempre, con su gente tonta. De camino al trabajo, ya no veía al Chore en el semáforo. Tampoco estaban sus sobrinos. Llegó un vendedor de chicles y el señor dizque ciego que repartía bolsitas de basura. Sobre el camellón se había instalado una nueva familia indígena, todos descalzos. Los niños se acercaban a los coches mirando el piso. Solo levantaban la carita una vez que estaban bajo las ventanillas, para pedir el dinero.

Después de una o dos semanas empecé a preguntar por el Chore, pero nadie sabía dónde andaba.

—¿No le habrá dado covid? —le sugerí a la señora de las gorditas.

—Sepa. Se han muerto muchos de aquí. Pero igual tenemos que venir a trabajar.

Me gustaba la idea de que lo había matado yo. Que lo contagié y que lo venció el mismo virus que yo vencí. Empecé a escribir la historia de cómo hice justicia con un asesino y hasta soñé con ver mi nombre en la primera plana de la sección cultural. Una escritora que mata.

Por eso me disgustó tremendamente volverlo a ver, ocho meses más tarde, en el semáforo de Barranca. Permanecí con la ventana cerrada y no lo saludé. El Chore se había acercado en son de amistad con su cubrebocas sucio. Lo ignoré. Vi endurecerse su mirada y enderezarse su cuerpo. Él estaba en el sol y el olor a escape, yo en mi cabina de aire acondicionado. Había una raya que no debía cruzarse. **C**

XAVIER ÍÑIGUEZ. *Cabeza de mujer*, s/f.
Xilografía al hilo, 400 mm x 304 mm

